CALMA

Óscar L. Figueruelo Burrieza

Primera edición, junio de 2020
© Óscar L. Figueruelo Burrieza, 2020

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Dante Aligheri, 123
08032 Barcelona
www.avanteditorial.com
editores@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)
Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad
ISBN: 978-84-18460-29-6
IBIC: FA
Imprime Podiprint
Impreso en la Unión Europea

CALMA

Óscar L. Figueruelo Burrieza

avant
editorial
www.avanteditorial.com

I

Hacía siete años que habíamos dado un giro radical a nuestras vidas. Con unos cuantos millones de euros en nuestras cuentas bancarias ganados en un premio de lotería estatal, fue fácil tomar la decisión. Ambos abandonamos nuestros trabajos y nos fuimos al pueblo. A mi pueblo. Bueno, al de mis abuelos paternos. Donde pasé los veranos de mi niñez y adolescencia. Donde llevé a mi mujer en nuestro primer viaje de novios. Y del que ella también se enamoró. Cerca de nada y lejos de todo. Allí había que ir a propósito: el pueblo no está en el camino hacia ningún otro sitio. Pero el lugar es precioso, cautivador. Mi abuela decía que allí el año eran nueve meses de invierno y tres de infierno. Pero eso era antes, cuando la vida en el campo era durísima. Ahora hace menos frío, y curiosamente menos calor. A pesar del cambio climático. Con las casas nuevas o reformadas ya no es lo de antes. Y con coches todo terreno las distancias se acortan. Montes de encinas, alcornoques y robles pueblan la comarca. Llueve bastante y el campo está verde salvo en verano. Su aislamiento lo ha conservado, digamos, bastante de las negligencias humanas: aunque en el campo no están todas las especies de animales que había antes. Algunas cosas se podían haber hecho mejor desde la administración, y algunas decisiones sobre el campo son más que cuestionables.

Año y medio antes nos tocaron los algo más de diez millones de euros que obraron el milagro. Cada semana me gastaba cinco euros en

dos boletos de lotería. Uno de la Primitiva y otro de Euromillones. Cerca de casa había una pequeña administración donde cada jueves tentaba a la suerte. Ya ni hacía falta decir lo que quería, pues siempre era lo mismo. Y casi siempre acompañado de las mismas palabras:

«Si me ha de tocar, con cinco euros basta». Pues bastó. Tres veces tuve que comprobar en el lector del código el boleto, incrédulo de la cifra de premio que marcaba. Lo guardé en la cartera, y sin decir nada volé a casa. Ya ni hice los de aquella semana. Comprobé los números premiados, y efectivamente coincidían todos con los míos. No era un error. Cuando llegó mi mujer con los niños, con una serenidad que incluso a mí me pasmaba, le conté lo que pasaba. Tuvo que comprobarlo por ella misma para salir de la incredulidad.

Aquella noche no dormí, y a primera hora de la mañana siguiente estaba en el banco depositando el boleto. Dos semanas tardamos en aceptarlo, asimilarlo y digerirlo. Igual que la muerte de un familiar joven muerto de manera repentina. Cuando juegas a la lotería y sueñas con un premio gordo crees saber lo que harás con el dinero si te toca. No es verdad. Una cosa así te descoloca y necesitas tiempo para ordenar ideas y acostumbrarte a la nueva realidad que se presenta delante, porque de buenas a primeras tu futuro ha cambiado.

Para nosotros ese futuro nos situaba ahora fuera de la ciudad. Cansados de madrugar para dejar a los niños en la escuela de madrugadores y luego ir a trabajar, de vecinos molestos, de paredes que dejan pasar conversaciones, de oír la cisterna de la vecina de arriba, de pipís de perros en el ascensor, de que la gata de la vecina merodee por nuestro balcón... Cansados de tráfico, de dar vueltas para aparcar el coche que dejas en la calle, de la polución y del ruido; cansados del anonimato de la ciudad, de vecinos y vecinas a quien nunca llegas a conocer... Cansados de ser unos puntos marrones y amarillos más en la colmena, decidimos fabricar nuestro propio panal de miel.

A mi mujer le encantó la idea de la casa rural y a mis hijos, aún pequeños, la bucólica idea de la vida en la naturaleza rodeados de animales. Y así lo hicimos. Tras trece o catorce meses de trabajos, nos restauraron a conciencia la casa de mis abuelos para casa rural, con sus corrales y cuadras

para los animales. Respetamos estilo y mobiliario, y añadimos comodidades. Y al lado hicimos otra para nosotros de una sólo planta, con mucha luz y mucho espacio. Para estrecheces ya habíamos tenido bastantes en un piso de noventa metros cuadrados. No nos privamos de una extensa biblioteca y de un despacho para poder trabajar o leer sin molestias.

Estábamos a las afueras, y dada la no presión urbanística y poblacional del mundo rural, nos fue fácil y barato comprar las fincas adyacentes para jardines y prados para los animales. La verdad es que nos había quedado muy logrado. Un hermoso huerto con cigüeñal y todo, dos fuentes, una pequeña laguna con plantas acuáticas, césped, caminos y senderos de piedras, y árboles de crecimiento rápido y hoja perenne rompiendo el casi homogéneo monte de encinas de la zona. A todo el mundo que venía por allí le gustaba. La mayoría repetía. Teníamos clientes que eran ya como de la familia. Los fines de semana teníamos gente todo el año, y a partir de abril, todos los días. Sin precios abusivos, los clientes se iban satisfechos, relajados y con la promesa de volver que casi siempre cumplían. Cuando existía una cierta confianza, su frase de despedida era: «¡Qué envidia nos dais!»

Cada estación del año ofrecía sus encantos y era fácil disfrutar de una estancia relajada. Los niños disfrutaban con los animales y las típicas actividades que les proponíamos. E incluso en invierno, una matanza de un cerdo y su posterior procesado. Lógicamente, el animal no era sacrificado en público. De los productos elaborados con su carne dábamos buena cuenta en casa, aunque muchos de los embutidos los regalábamos. Hasta queso, elaboraba con la leche de oveja que compraba a los ganaderos, pues con una docena de cabezas que teníamos es difícil tener producción para tal menester. Mi rebaño era pequeño. Algún cordero se comía de vez en cuando, y calostros de oveja. ¡No he probado semejante manjar lácteo en mi vida! ¿Y cómo había aprendido todas estas cosas sobre animales y la elaboración de productos? Pues en tutoriales en Internet, y sobre todo viendo y preguntando a los vecinos. Y luego poniéndolo en práctica. Al principio bastante mal, luego regular, y posteriormente bastante bien. De todo, lo peor era matar corderos. Sin duda. No se mueven. Los cuelgas boca abajo y no dicen nada. Ni protestan. Ni balan. Ni nada. Sólo te mi-

ran. Te miran con esos ojos de inocencia, de candidez. Se desangran sin moverse. Y se mueren. Se quedan con cara plácida, como para no culparte de su muerte, de su destino, como para que no te quede remordimiento de conciencia. Pero te queda. ¡Claro que te queda! De ahí lo de mirar con ojos de cordero degollado o lo del silencio de los corderos. No puedes olvidar su cara, pero la vida es así. Alguna hembra indulté, pero no podía dejarlas a todas ni a todos con vida. Un carnero y doce ovejas, a lo sumo trece en algún momento.

Llegué incluso a hacer pan, mermeladas y conservas. Lo que nunca hice fue aceite ni vino, ni miel. No lo consideré interesante, y nunca me preocupé ni de cultivar ni de conseguir la materia prima. Además, no lejos, en pueblos de la zona se conseguían de excelente calidad las tres cosas. Eso es lo que tienen pequeñas cosechas familiares. La cantidad va en detrimento de la calidad. Exponía todos estos productos en una vitrina en recepción, y era tal la tentación, que casi todo el mundo se llevaba alguna cosa en la maleta.

Era importante que el negocio funcionara, pero no vital. La cosa era estar dentro del sistema, figurar y cotizar a la Seguridad Social, tener cobertura sanitaria pública, a la vez que estar entretenidos. En esta decisión no puede obviar ni dejar de lado todas las noticias que en los últimos tiempos se producían y que empujaban sobre manera. El futuro era de todo menos halagüeño. El futuro con mayúsculas, el de la humanidad, no el del individuo de forma particular. Las señales no eran ni difusas ni intermitentes, sino constantes: el mundo estaba enfermo y no se quería ni se podía poner remedio. Para ello había que cambiar el estilo de vida, el sistema productivo y económico. A lo cual nadie estaba dispuesto. ¡Abandonar la comodidad de la vida moderna! Ni hablar. Armarios llenos de ropa, neveras a rebosar, viajes de aquí para allá, fiestas a diestro y siniestro, calles y garajes llenos de coches, jardines y monumentos iluminados toda la noche; duchas diarias con agua caliente… Luces de Navidad encendidas a finales de noviembre; puertas de tiendas y grandes almacenes abiertas en invierno y verano y el aire acondicionado a tope; montañas y montañas de basura y desperdicios; aguas contaminadas con todo tipo de productos químicos y orgánicos… Sólo tenemos que pensar en lo que baja por los fregaderos

y desagües de nuestros hogares. ¡Multiplicad! Aguas que matan toda vida en nuestros ríos y riberas. Y al final del ciclo, nos la bebemos otra vez. ¡Ni por más depuración! Los casos de cáncer se habían multiplicado, incluso en gente muy mayor. Alergias, intolerancias, Alzheimer, infartos, derrames cerebrales... Y todo con un origen y una razón: contaminación ambiental y sobre todo química.

Además, se había puesto de moda el no vacunar a los niños en base a no contribuir a enriquecer a las compañías farmacéuticas que eran quienes promovían todo este circo, según creencias cada vez más extendidas. Por tanto, vacunas ni las recomendadas y gratuitas. Esto, unido al exceso de higiene y falta de inmunidad en nuestros cuerpos, había creado una generación de cristal: enfermiza y alérgica a todo. Es probable que hubiera dado igual la generación que se enfrentara al virus, como dio igual en las gripes del siglo XX, pero la verdad es que ofrecimos muy poca resistencia. Si la famosa y mal llamada gripe española mató en dos años a cincuenta millones de personas de aquel entonces sobre un total de mil quinientos millones, ¿a cuántos de los de ahora hubiera matado? Vacunados y todo, sugiero, que entonces ni vacuna ni nada. La gente se expuso a la enfermedad a pecho descubierto, sin medios ni medicinas. Tengámoslo en cuenta.

II

La vida en el pueblo era muy cómoda. Se dice que de lo malo a lo bueno se pasa bien. Y no es que nuestra vida hasta entonces hubiera sido un calvario, ni mucho menos, pero el cambio fue voluntario y para mejor. No nos fue difícil adaptarnos y fue fácil olvidarnos de la ciudad. Puede que en los pueblos no haya nada, pero nosotros lo encontramos todo: tranquilidad, silencio, respeto, vecinos a los que saludar por la calle, gente con la que compartir la vida, las preocupaciones, las alegrías. Sitio en la calle para dejar el coche. Aire puro. Sol. Nubes. Estrellas en el cielo. Calles limpias, no como parques y aceras de nuestra ciudad, que estaba llena de perros, con lo que todos sabemos que conlleva. Siempre he criticado a quien en la ciudad quiere vivir como en un pueblo: ni los pisos ni las ciudades son lugar para mascotas, llámense perros llámense gatos. El mundo al revés: los pueblos libres de excrementos y las ciudades llenas. Los pueblos sin veterinarios y las ciudades llenas de clínicas veterinarias. ¡Iros a los pueblos hombres y mujeres que tanto disfrutáis de la compañía de los animales! Allí dispondréis de todo el espacio necesario para vuestras mascotas. ¡Ellas también os lo agradecerán!

El proyecto, las obras, el traslado y nuestro negocio fueron recibidos con alegría y entusiasmo. En los pueblos pequeños donde todo es cerrar casas, negocios o explotaciones ganaderas, las nuevas iniciativas son bendecidas y

recibidas con los brazos abiertos. Aquí no fue menos. Sólo faltó la tarta de manzana, que obviamente hubiéramos aceptado por educación, guardándonos nuestra opinión de semejante americanada y extendida ya en nuestro país. Fueron muchos los viajes al pueblo durante los meses de las obras, y cada vez nos sentíamos más aceptados y mejor recibidos. A medida que avanzaban las obras en las dos casas aumentaban las ganas de empezar aquella aventura, y de vivir aquella nueva vida. Una vez acabado el curso escolar, empaquetamos nuestras pertenencias e hicimos la mudanza y posterior instalación. A los chicos los habíamos llevado con nosotros muchas veces a ver cómo iba todo, y los habíamos hecho participes del proyecto. Escuchábamos sus opiniones y sus gustos para que se sintieran parte del nuevo mundo. Creíamos importante que ellos lo encararan también con ganas e ilusión.

Inauguramos a mediados de julio con una fiesta que duró todo el fin de semana. Sin escatimar en gastos. Sin miramientos. Una fiesta propia de quien inaugura un negocio que no necesita para vivir, y donde no ha invertido hasta el último euro y ahora lo que quiere es comenzar a recuperarlo. No era nuestro caso. Familiares, amigos y vecinos del pueblo fueron invitados a unos faustos donde no faltaron discursos, ánimos, felicitaciones, comida, bebida, música en vivo y diversión para grandes y pequeños. De bien nacido es ser agradecido y eso hicimos con las autoridades del pueblo y sus habitantes: agradecérselo con una fiesta. El pueblo tuvo un gran ambiente ese par de días, pues entre nuestros invitados venidos de fuera para la ocasión, y otros vecinos del pueblo residentes fuera y que no quisieron perderse el acontecimiento, la población se vio aumentada en consideración. Nosotros no pudimos alojar a todos los nuestros, y tuvimos que recurrir a pueblos de alrededor para alquilar alojamiento.

Pocos días después comenzaron a venir clientes para ya no dejarlo de hacer nunca. Por nuestra casa pasaba bastante gente al cabo del año. Muchas repetían casi por las mismas fechas en función de sus trabajos y periodos vacacionales. Nosotros no teníamos cerca lagunas con aves para ver en otoño, o campos de cerezos floreciendo en abril, ni almendros en flor en febrero. Teníamos campo y naturaleza todo el año y unos paisajes de acantilados y cañones con cortantes impresionantes. Unos montes donde se respiraba la paz y la tranquilidad envuelta en terciopelo. Primavera y otoño iban de la mano

en hermosura, pero por eso de la duración de los días le ganaba por poco la partida la primavera. También teníamos una gastronomía variada y con auténtico sabor a antaño. Productos de proximidad, antes llamados de la tierra, no tan bonitos como los del supermercado pero mucho más sabrosos. Pan, dulces, pastas y magdalenas como las de antes. Embutidos, quesos y vinos de los mejores. Y una carne con sabor, de la que no hay que acompañar con salsas. Aquella era una comarca donde todavía se valoraba como merece el placer del paladar, y para ello son imprescindibles los buenos productos, que se logran amándolos, respetándolos y dándoles su tiempo de maduración, de crecimiento o de elaboración. Sin prisas ni estrés. Sin acelerar resultados. Sin consentir cosas a medias.

Nuestro pueblo es pequeño. De unos doscientos habitantes en invierno. Casi todos de allí y conocidos de toda la vida, generación tras generación. Con gente mayor, y muy mayor; gente de mediana edad; y alguna gente joven que ha decidido quedarse y vivir su vida a su manera. Varios matrimonios jóvenes con hijos, y negocios de ganadería y agricultura. Casas de piedra granítica preciosas. Casi todas restauradas aunque sólo la mitad habitadas, salvo en agosto. En los meses de verano todo cambia. La población se duplica y hasta se triplica en la semana grande. Hay muy pocas casas cerradas los trecientos sesenta y cinco días del año, y en ruinas casi ninguna. Las ordenanzas municipales son explícitas y muy claras, además de una firme y contundente voluntad por parte del consistorio de hacerlas cumplir: las casas deben estar en buen estado y sino convertirlas en solares, los cuales también deben estar limpios y cuidados. Como decía mi abuela: «pobres pero honrados». Y como dice el señor alcalde: «vacío sí pero no abandonado». Y tiene razón: que en los pueblos haya poca gente no significa que los dueños ausentes de las propiedades se desentiendan. Que las vendan, o las regalen a falta de comprador. El ayuntamiento en los últimos años había ejecutado varias órdenes de expropiación, y aunque lo que sobraban en el pueblo eran aparcamientos, al menos que lo que se limpie y mantenga con dinero público sea público y de uso común. Ni más ni menos.

Este pequeño pueblo que nos ha acogido, y al cual hemos venido a aportar nuestro pequeño negocio y nuestra presencia, está gobernado por un al-

calde y cuatro ediles que llevan toda la vida haciéndolo. Y no lo deben hacer mal porque repiten y repiten, y la gente les vota y les vota. Apenas tienen y han tenido oposición nunca. Tienen al pueblo sumido en una calma absoluta, con vecinos y vecinas todos a una, al unísono. Cosa nada fácil en este país nuestro, y menos aún en pueblos pequeños. La gente mayor tiene la residencia de ancianos donde ser atendidos en caso de necesitarlo, y no tener que salir de su pueblo. Cosa fundamental a evitar a toda costa. Yo siempre he dicho que para una persona de pueblo es una tragedia en sí misma salir ya de su casa cuanto más de su pueblo. Sacar a una persona mayor de su casa en el pueblo es una tragedia doble. En los pueblos la gente echa raíces junto con la casa. Hace simbiosis con el terreno. En las ciudades no se llega a tanto, pues debajo tienes la cabeza de otros vecinos a los cuales no les va a hacer gracia ver tus raíces. Pero los pueblos son otra cosa. Una residencia es de vital importancia amen de los puestos de trabajo que genera, generalmente femeninos. Puestos de trabajo de doble valor en el medio rural porque fijan población femenina. Trabajos que generan riqueza, ya que siempre es mejor que en una casa entren dos sueldos que no uno sólo. Empleos que le dan independencia a las mujeres, confianza, seguridad y autoestima. Y trabajos de doble valor porque donde hay mujeres, hay vida, hay familias, hay niños y niñas. Y donde no las hay, hombres solteros llenos de vicios y faltos de ilusión muchas de las veces.

A la asociación de cazadores que gestionaba la caza y el coto, digamos de aquella manera, es decir, a medias y con más desavenencias que acuerdos, hay que añadir una asociación de jubiladas y otra de jubilados. Las dos mantenían un alto grado de actividad y organizaban muchas cosas aprovechando la colaboración en todos los sentidos de la gente y de las instituciones públicas. La primera se encargaba de los aspectos festivos y culturales, y la segunda de los campeonatos deportivos y tradiciones. A la asociación de cazadores hay que reconocerle la organización de un exitoso y prestigioso campeonato de tiro al plato con concurrencia de toda la provincia. En su debe, no conseguir que las piezas de caza existieran, ya no digo que abundaran. Con cada uno que hablabas te daba su particular receta y su opinión. Todos creían tener argumentos y razón, y a la objeción de por qué no se aplicaban tales remedios, la contestación siempre era la

misma: la falta de acuerdo y el no querer invertir. La cuota anual no era cara, por lo que a la mayoría la escasez de piezas no le incomodaba sobremanera, y el hecho de salir por el campo, pasear, ver cuatro animales y gastar dos cartuchos ya les compensaba todos los gastos acarreados.

En el pueblo hay también una escuela unitaria con catorce o quince niños y niñas. Cuando pasan al instituto ya van al pueblo cabecera de la comarca, que es el que aglutina todos los servicios. Nuestro hijo mayor no conoció estas aulas pues comenzó secundaria llegado el mes de septiembre, pero el menor cursó allí dos años de primaria. Extrañó bastante, pues de ir a un colegio con cuatrocientos cincuenta alumnos y alumnas, con doble línea, y cerca de cuarenta docentes, a uno con dos clases con estudiantes de varias edades, dos maestras fijas y dos itinerantes, hay sus diferencias. Pero se adaptó y desde casa se suplieron las pequeñas carencias.

El pueblo también dispone de centro médico abierto tres días a la semana. El servició de pediatría, al pueblo de al lado. Catorce kilómetros por una buena carretera sin tráfico. Desplazarse depende en que ciudad, puede resultar más engorroso. Dos bares, un restaurante, área recreativa con piscina climatizada, farmacia, dos tiendas que también son panaderías con prensa y revistas una de ellas, un almacén de materiales de construcción, una carnicería y fábrica de embutidos, un pequeño taller mecánico, una carpintería de metal, aluminio y madera. Oficina bancaria. Y nuestra casa rural. De todo. Y además, bastante ganadería intensiva y extensiva de ovino y vacuno. Un sector en auge creando empleos. Ah, y dos pequeñas empresas de construcción que dan trabajo a unas diez personas. Casi todo el mundo ocupado.

En los pueblos, el motor de la economía son los negocios privados, pero las ruedas lo son la gestión pública. Y tengo que volver a decir que somos afortunados en ese sentido con el señor que maneja la batuta y los músicos que lo acompañan. En los pequeños municipios la política es vocacional y no rentable. En la mayoría de los pueblos no se cobra y todo el tiempo que le dediques es perdido en términos económicos. Pero si quieres a tu pueblo y sus gentes te respetan, la satisfacción de cumplir es muy gratificante. En caso contrario es mejor dejarlo, pues lo único que ganas son enemistades de por vida. Entiendo que darle gusto a todo el mundo es

imposible, pero al menos hay que intentarlo y escuchar. El alcalde delegaba muchas funciones y responsabilidad en comisiones, aunque todo tenía que ser conocido por él y dado de paso. De esta manera toda la gente se sentía con responsabilidades y a la vez con autoridad.

En el término municipal un tercio de las tierras son comunales, en decir, del pueblo, con lo cual están al servicio de todos para poder aprovechar sus pastos. El ayuntamiento además reparte entre en número de cabezas de ganado las subvenciones que recibe, contribuyendo de esta manera a mejorar los ingresos de los ganaderos, que a su vez pagan los impuestos de transito de ganado. De esta forma todos ganan. Hay que pensar también en la labor que realiza la ganadería extensiva. Limpia el campo y el monte evitando la propagación de incendios, abona con sus excrementos, expande semillas, y si algún cadáver queda por ahí, sirve de comida a los demás. La ganadería intensiva aumenta la rentabilidad, pero va en detrimento del mantenimiento del campo.

Muchos proyectos y muchas realidades ya. El más llamativo quizás sea la planta de biomasa. Aprovechando los recursos forestales, que son muchos, se construyó una planta de biomasa y una caldera que produce la electricidad que necesitan todas las instalaciones municipales, el alumbrado público y la piscina climatizada. ¡Alucinante! No sobra electricidad, pero tampoco hay que comprarla, con el consiguiente ahorro. Dinero que se puede invertir en otras cosas, que las necesidades siempre son muchas. Por ejemplo, en dos puestos de trabajo en el ayuntamiento para mantenimiento y conservación general de instalaciones, además de limpieza de montes para el abastecimiento de la caldera.

También desde las instituciones locales y provinciales se ha venido haciendo una importante promoción y posterior materialización de producción y consumo de energías renovables. Abundante asesoramiento y ayudas a compras e instalación de placas solares y baterías de almacenamiento. Ello se ha traducido en que la mayoría de las casas tienen instaladas placas con lo cual la factura de la luz se ve reducida en muchos casos a más de la mitad. La residencia de ancianos tiene todo un ala del tejado cubierto con placas, hecho que significa un ahorro en gasto eléctrico del setenta por ciento. La comarca no reúne las condiciones de altura ni de

vientos como para hacer rentable la instalación de molinos, aunque ha habido estudios, que en sí mismos han generado rechazo entre las gentes de la comarca antes de empezar, pues entienden que rompen el paisaje y son peligrosos para las aves. Toda opinión argumentada es aceptable, y en este caso creo que la negativa es acertada.

Los planes urbanísticos son claros, concisos y estrictos. Hay que respetar los elementos arquitectónicos populares, como portales, soportales, chimeneas, balcones, ventanas o respiraderos, amén de que toda construcción ha de ser en piedra de la zona y con teja árabe o similar. Hasta el color de puertas y ventanas estaba definido. Que nadie piense que estas normas disuadían a nadie de hacer o de reformar una casa en el pueblo o incluso en la zona: quien realmente quería gastar allí su dinero lo hacía igual. La comarca, la provincia, la comunidad no eran lugar para inversiones inmobiliarias pensando en el futuro o en el negocio. Estábamos libres de especulaciones urbanísticas y pelotazos, hecho éste que tiene lecturas muy positivas. Los alcaldes y ediles están libre de tentaciones y los compradores no ven inflados los precios de manera desorbitada.

De puertas para afuera, en el campo también se mantenía el patrimonio cuidado: puentes, pontones, charcas, fuentes, lavaderos, pozos, batanes, molinos de agua, incluso majadas o chiveros privados habían sido debidamente restaurados para gozo y deleite de paseantes locales o forasteros, y fotógrafos de toda condición. Bien seguro que el pasado no era ni sería la puerta del futuro, pero ello no es motivo ni razón para olvidarnos de él o denostarlo. Escuchar y mirar al pasado nos ayuda a entendernos, a conocernos, para saber de dónde venimos y hacia dónde queremos ir o no. No se debe romper nunca con el pasado, pues te arriesgas a ser un cardo arrancado del suelo y llevado por el viento de aquí para allí sin dirección ni destino aparente. Sin catedrales, sin museos, sin rascacielos ni grandes estadios de fútbol que visitar, el patrimonio y la naturaleza eran nuestras bazas. Estaba proyectado un museo etnográfico y de las tradiciones para recoger todo este pasado que caía en el olvido a pasos agigantados y se perdía sin remedio a medida que los años iban pasando y las gentes se morían. Aperos de labranza, mueblas, ropa, joyas, fotos, expresiones orales e incluso canciones tradicionales serían recogidas aquí para su conservación.

De todo y mucho podía presumir una comarca habitada desde siglos inmemoriales, que había perdurado a través del tiempo, ocupada por diferentes culturas que habían dejado su legado, y que ahora se enfrentaba a un futuro incierto empujada por el progreso y abandonada por una sociedad que busca de manera casi ansiosa nuevas formas de vivir.

III

Tengo que confesar que nos pegábamos una vidorra en el pueblo. Días con realmente veinticuatro horas que podías aprovechar al minuto. Un tiempo que era todo para ti, sin concesiones, sin perdidas, sin extravíos. Días en los que ni mirabas el reloj. Sin atascos donde consumir tu vida. Días donde las cosas se hacen con margen, donde media hora más o menos no es de vital importancia. Y obviamente que ningún momento es bueno para el fin de tus días, pero desde luego éste sí que no.

Pronto pusimos el negocio en marcha y poco a poco íbamos acondicionando todo lo que lo rodeaba: jardines, huerto, cuadras, animales… Los horarios muy flexibles, y los días igual. Los marcaban las obligaciones escolares de nuestros hijos, sus actividades deportivas en el pueblo de al lado, y la entrada o salida de clientes de la casa rural. Las veinticuatro horas del día daban para mucho: cuidado de los animales, del jardín, del huerto, paseos, rutas en bici, tertulias en el bar, deporte por la tele, clases de yoga, de danza… A mí se me pasaban los meses volando, ya no digo las semanas. A la ciudad iba una o dos veces por semana, por estricta obligación, y si podía se lo dejaba a mi mujer, que le costaba menos y de paso aprovechaba para ver escaparates. Y es que hay tentaciones y pequeños vicios difíciles de dejar o incluso de obligada conservación.

Me hice un experto en motosierras y en leña. Un ganadero de postín: tenía gallinas, gallos, palomas, pavos, conejos, cerdos, trece ovejas, tres bu-

rras, dos perros y tres gatos. Los teníamos más que nada para ambientar el negocio, hacernos compañía y comer buena carne y huevos. Me aficioné a la pesca y a la caza, pero de aquella manera, es decir, como absoluto hobby, sin ánimo de lucro ni matar a nadie. Por pura práctica. Para tener licencia de armas, experiencia y puntería. Pensando en el futuro, en lo posible y poco probable. Pensando en lo que uno nunca quiere que llegue. También me apunté al coto porque era una manera de relacionarse y de tener contactos. De hacer vida social. De conocer gente, y a la gente. Muchos de los clientes de la casa rural venían a cazar a cotos privados de la zona o a dehesas invitados por los dueños. Otros venían a pescar y otros simplemente a desconectar.

Los perros los saqué de la protectora de animales, y le pasaba lo que a mí: mucha voluntad y poco oficio. Pero nos divertíamos. Ellos eran mis amigos fieles. Casi siempre iban conmigo al campo, salvo que quisiera silencio y discreción para observar o expiar animales. De pesca no los llevaba. Se aburrían. No tenían paciencia. Tampoco tenían raza, o las tenían todas. De mediana estatura y diversos colores. Hermanos. Macho y hembra: Sol y Luna. Cariñosos con todos nosotros y respetuosos con los animales de casa y con los clientes. Creo que, de todos los animales, los canes junto con los gatos eran las estrellas del corral entre la canalla que nos visitaba, demostrando una paciencia infinita. No habían tenido una vida traumática acabando abandonados o rescatados por las autoridades o por miembros de la protectora. Llegaron allí con pocos días en una camada de cinco miembros, y con poco menos de un año los adopté.

Con la excusa de la caza me hice con armas. Unas legales y otras no. Y es que Internet es como otro campo sin puertas. Tres escopetas, dos rifles con miras telescópicas con sus respectivos silenciadores, una ballesta y un arco de caza mayor. Y mucha munición. De algunas cosas no era conocedora ni mi mujer. Yo no tengo una bola de cristal, pero comencé a ver cosas que no quería creer porque me asustaban, y además, la inseguridad aumentaba en las zonas rurales a medida que aumentaba la despoblación. Mi esposa aprendió a disparar, no así a matar, pues no tenía puntería y no la practicaba apenas. A mi hijo mayor, por el contrario, le gustaban las armas y él sí que tenía puntería y la practicaba. A los 18 años justos se sacó su